

soros perecerá con ellos vuestra memoria, y empleándolos en obras de misericordia os haríais inmortales en la presencia de Dios y en la memoria de los hombres, y los recibiríais prodigiosamente multiplicados como Vicente en el momento mas terrible.

No puedo mas. Dignaos, Señor, darnos un nuevo testimonio del aprecio que haceis de la caridad y misericordia, derramando vuestra bendicion sobre esas almas justas que tienen por divisa estas virtudes; recibid benigno el continuado sacrificio que os hacen de todo cuanto pudiera llamar su atencion en el mundo, y no permitais que pierda alguna por su desgracia el fruto de tantas y tan heróicas virtudes: haced que se verifiquen en ellas las palabras consoladoras del Eclesiástico: *hæreditas sancta nepotes eorum*; formad de cada una un prodigio de virtud como lo hicisteis con su santo padre; hacedlas como él dignas de eterna memoria, y dirigidlas á la cumbre de la perfeccion por el escabroso camino en que las habeis colocado: dadnos, en fin, á todos el espíritu de una caridad verdadera con que nos hagamos dignos de la verdadera felicidad. Amen.

## SERMON II.

### DE SAN VICENTE DE PAÚL.<sup>(\*)</sup>

(DE GONZÁLEZ.)

*Humiliavit semetipsum... propter quod et Deus exaltavit illum.*

Se humilló á sí mismo... por lo que le exaltó Dios.

*S. Pablo á los filipenses, c. 2. v. 8 y 9.*

Si la vez primera que publiqué en este mismo lugar las glorias del héroe que veneramos con tanta solemnidad al presente, hubiera sospechado que habria de continuar en lo sucesivo desempeñando tan difícil ministerio, no hubiera experimentado tanta dificultad en la eleccion del asunto que debía proponer. Justamente admirado al ver reunido en su alma lo mas sólido y elevado de las virtudes, temia hacer un agravio á su mérito si pasaba en silencio alguna de las acciones y circunstancias que contribuyeron á su engrandecimiento, y temerario deseaba compendiar en una no muy difusa oracion lo que ni han podido alabar suficientemente los sabios, ni admirar los simples fieles en el largo periodo de dos siglos y medio. Temerario, digo, porque ¿quién es capaz de desenvolver en un solo discurso las ideas que todo el orbe cristiano tiene formadas de ese prodigio de misericordia, de ese portentoso de amor, de ese modelo de caridad, de ese dechado de virtud; mas claro, de Vicente de Paúl? Confieso con ingenuidad que yo no lo soy.

(\*) Predicado en la iglesia del hospital de la Misericordia de Segovia.

Si mi talento, ó venerado y amabilísimo refugio de todos los miserables ! si mi capacidad fuera proporcionada al concepto que tengo formado de vuestra virtud, y al afecto que naturalmente os profesa mi corazón, el discurso que voy á pronunciar en vuestro elogio sería una obra acabada de elocuencia; mas siendo las fuerzas tan inferiores á la voluntad, habré de limitarme necesariamente á una sola de las virtudes que adornaron vuestra grande alma.

Voy pues, amados hermanos míos, á llamar hoy vuestra atención hácia una virtud tan rara como necesaria en el hombre pecador; hácia aquella virtud sublime á que con tanta energía nos exhorta ese Dios Hombre abatido, anonadado por nuestro amor y para nuestro ejemplo; hácia la humildad que tan singularmente nos ha recomendado el mejor de los maestros con las palabras y con las obras, y que con tanta exactitud procuró imitar Vicente, á quien no extrañaréis por lo mismo que aplique en la parte posible el sentido de las palabras en que compendió el Apóstol todo el mérito y toda la gloria de nuestro divino Salvador: *humiliavit semetipsum..... propter quod et Deus exaltavit illum*. La grandeza, la elevación, la gloria del nombre de Vicente son proporcionadas al heroísmo de su humildad: á esto limitaré su elogio.

Vos, Dios mio, que penetráis el fondo de mi corazón, sabéis bien el deseo que me anima del acierto, pero tampoco podeis desconocer mi insuficiencia para realizarlo si no me dispensais vuestros auxilios. Venga sobre mí un rayo de vuestra luz, como os lo pedimos todos por la intercesión de vuestra humildísima Madre. *Ave Maria*.

Todos los males y miserias del hombre proceden de la soberbia; todos sus méritos, todas sus glorias han de tener por tanto su origen en la humildad. El padre detestable de la soberbia pretende cegar á los mortales para que, no viendo la miseria, la debilidad y dependencia de su naturaleza, y el mérito de su culpa, aspiren ansiosos al cumplimiento de todos sus deseos, á los honores, á los placeres, al mando, á la independencia; ese divino maestro de la humildad se despoja voluntariamente de todas las insignias de su grandeza, y con su doctrina y ejemplos les inspira la necesidad de conocerse á sí

mismos; de contemplar que de suyo nada tienen sino la defectibilidad, la nada, el pecado; que todo cuanto pueda haber en ellos ha de ser una pura gracia que no merecen; que deben desconfiar de sí mismos, resignarse en las determinaciones de la Providencia, y léjos de apetecer cuanto pueda servir de fomento á sus pasiones, alejarlo de sí cuidadosamente; en una palabra, proponerse por modelo al Santo de los santos, que abatiéndose por su voluntad se hizo acreedor á una gloria infinita, mirando con horror el orgullo escandaloso de Lucifer, que por el injusto empeño de engrandecerse fué precipitado en el abismo de la ignominia y de la miseria.

Este es precisamente el retrato de Vicente de Paúl: en los consejos de la eterna sabiduría estaba escogido para fiel discípulo del humildísimo Jesus, y para que empezara á ser semejante en todo, dispone que nazca, como él, de padres pobres y desconocidos, en una choza pobre y humilde, en un ángulo oscuro de una pequeña aldea. Nada ven sus ojos que pueda servir de pábulo á la vanidad; y si el santo Job pudo gloriarse de que desde su juventud habia crecido con él la misericordia, yo no tengo reparo en asegurar que con Vicente nace, se aumenta, se robustece, se perfecciona la humildad. Léjos de quejarse de la condicion en que le colocó la Providencia, como que se glorió de ella toda la vida, y aun le parece demasiado ventajosa en proporcion á su mérito. La vista de los animales á cuya custodia se dedicó luego que pudo usar con alguna libertad de sus miembros, le instruye, le confunde, le da una idea de la degradación é ignominia de la especie humana. Los brutos sin razón, dice para sí, han sido fieles á su Criador, obedientes á su voluntad; han conservado el orden en que les colocó la mano todopoderosa; solo el hombre tan privilegiado de Dios en la creación ha perdido por su orgullo la dignidad y perfección que recibió con la naturaleza; solo él se ha envilecido, degradado, precipitado en el abismo de la ignominia, abdicado todos sus derechos; solo él se ha hecho indigno de todo, ménos del desprecio, del odio, de la persecución de todo el universo: las criaturas todas deben armarse contra él para vengar la injuria del Criador omnipotente contra quien ha tenido la osadía de rebelarse; justo es que viva esclavo del trabajo, del dolor, de la enfermedad, de la muerte y de todos los males; que viva sujeto á todos los hombres y aun á los brutos el insensato que

ha pretendido sacudir el yugo suave del Señor absoluto de todo lo criado, y negarle la obediencia.

Lleno de estas ideas, y sabiendo por el Evangelio que el único medio de recobrar el honor, la gracia, los derechos de que ha despojado al hombre su orgullo, es hacerse inferior á todos por el mas humilde abatimiento, y que para enseñarnos el camino de la gloria se abatió el Unigénito de Dios, y se hizo voluntariamente siervo de todos sus hermanos, Vicente se resuelve á seguir este ejemplo y consagrarse todo al servicio de sus semejantes; y para que su sacrificio sea mas completo y agradable al Señor, elige por objeto de su celo los seres mas viles y miserables de la sociedad.

Qué ejemplo, señores! ¿Somos capaces de recordarle sin avergonzarnos, sin estremecernos? Si nos sentimos animados de algun celo por el bien de las almas, ¿quiénes son por lo comun los que preferimos? Ay! qué puntualidad, qué diligencia, qué esmero, por no decir mas, cuando se trata del poderoso, del caballero, del grande, de todos aquellos en que pueden hallar algun apoyo el interes y la ambicion! Mas para con el pobre, con el miserable, con el desvalido; qué lentitud! qué tedio! cuántas excusas! Sepárese la obligacion de una rigurosa justicia y podrá Jeremías bañado en lágrimas repetir sus amargos lamentos (1): *parvuli petierunt panem et non erat qui frangerit eis*: como si el alma del pobre no estuviera marcada con la sangre del Cordero; como si la gloria del sacerdocio se oscureciera con la santificacion del desdichado!

De otro modo bien diverso se condujo Vicente, elevado al sagrado ministerio del altar por uno de los designios nada vulgares de la Providencia. Sigamos sus pasos y quedarémos admirados y cubiertos de confusion: sigámosle, pero desprendámonos ántes del espíritu del mundo, de la delicadeza, del miedo, de la vanidad; abatamos considerablemente nuestro orgullo; alejémosnos de los lugares en que tienen su asiento la disipacion, los placeres, el ocio, la molicie; previas estas disposiciones, sigámosle y le hallarémos como en su centro entre los labradores en el campo, entre los pobres en las chozas, entre los mendigos enfermos en los hospitales, entre los malhechores en las galeras y presidios, en donde no puedan tener cebo al-

(1) *Tren. 4. c. 4.*

guno las pasiones, ni su excesiva misericordia esperar la mas leve recompensa; le hallarémos contra su voluntad en las ciudades mas populosas, en las cortes, en los palacios, en los consejos de los reyes; pero le hallarémos siempre predicando, ejerciendo la humildad, empleándose particularísimamente en el servicio de los ínfimos criados y dependientes; arrancando el ídolo de la soberbia del corazon de los grandes, haciéndoles mirar con desprecio ese vano fantasma del pundonor y exponerse al desprecio, á la infamia para con el mundo, perdonando con generosidad, léjos de vengar las injurias; abogando por el huérfano, por la viuda, por el menestero, y haciendo prevalecer en todo las voces de la justicia contra los gritos de la ambicion y de la intriga. La vista misma de la grandeza, de la opulencia, del fausto le hacia mas amable el abatimiento, la sencillez y la pobreza. Dueño, ó por los ménos libre administrador de los empleos, dignidades y riquezas de toda la Francia, jamas se aplicó ninguno, porque no se contemplaba digno de la mas leve distincion. Ni la falta de fuerzas, ni la debilidad de su salud, ni el bien de la congregacion, este velo especioso con que tantos otros procuran cohonestar sus miras interesadas, nada, nada pudo abrir en su corazon la entrada al espíritu del mundo. Él queria á sus sacerdotes humildes, pobres, enteramente desprendidos de todo lo terreno, y se persuadia á que el mas terrible de los peligros á que podia exponerlos, era proporcionarles alguna prosperidad cuyo fundamento no fuese la sólida virtud. Las alabanzas que por todas partes le tributaban la gratitud y la justicia eran un tormento para su corazon, que las consideraba como el escollo mas digno de temerse; y así sucedia que en las dudas, en las disputas ó competencias parecia inclinarse siempre á favor de los otros, testificando un concepto el mas ventajoso de sus cualidades, sin hablar de las suyas no siendo con indiferencia; tal era la desconfianza que tenia de sí mismo. Esta le hacia consultar ántes de resolver en todos los asuntos, y jamas tuvo por indecoroso aconsejarse de sus propios súbditos, haciéndose por este medio inferior á los mismos que por su profesion se habian obligado á obedecerle ciegamente.

Mas para poder asegurar el acierto no creyó suficiente la consulta, quiso ademas tener á la vista un modelo perfectísimo á quien poder imitar sin peligro de equivocarse; un dechado el

mas excelente de todas las virtudes; la vida ejemplarísima del infinitamente santo. Este era el libro en que estudiaba; esta la regla con que medía todas sus obras. Nunca tomó resolución alguna sin atender á lo que había hecho ó haría en semejantes circunstancias el mas humilde, el mas sabio, el mas justo de todos los hombres, el Verbo eterno hecho hombre. Vivió siempre, como este, en la mas ciega y sumisa obediencia á las autoridades, segun lo manifestó con particularidad en el nacimiento y propagacion de aquella funesta herejía, parto de la soberbia, y cuyo principal dogma era el de abolir toda superioridad y dependencia: sufrió, como él, sin la menor alteracion los dicterios, los insultos, las calumnias, persuadido á que su honor no exigia satisfaccion alguna aun de las mas infamatorias: vivió, como él, en el abatimiento, en la pobreza, en el retiro, á no ser cuando el celo de la gloria de Dios requería su presencia en público: buscó, como él, la compañía de los niños, de los ignorantes, de los indigentes, de los enfermos, porque en estas clases podia ejercer su caridad con mas fruto y sin riesgo de envanecerse; y si no pudo pasar, como él, cuarenta dias en el desierto privado de todo alimento, pasó con alegría mucho tiempo con una cortísima porcion de pan de cebada, para que no faltase el socorro á las necesidades urgentísimas de sus hermanos. Aun pudiera decir mucho mas, porque si bien no hay ni es posible que haya criatura alguna capaz de igualar y mucho ménos de exceder al Criador en la menor cosa, pero no fué conveniente que ese Hombre Dios pusiera por obra algunas cosas extraordinarias y maravillosas que nos aconsejó de palabra; así es que en la noche de su pasion recibió una bofetada que, si no pudo turbar la quietud y serenidad de su espíritu, le obligó á dirigirse al agresor reconviniéndole con unas palabras amorosas y dulces, pero severas y justas; Vicente recibe la misma injuria, é inalterable como si no fuera sensible, como si no conociera otra gloria que la de ser ofendido y afrentado, se postra delante de su ofensor y le presenta la otra mejilla, dispuesto á recibir el mismo ultraje con una tranquilidad inimitable, por la que se atrae la admiracion, el amor, las alabanzas de aquel, y consigue su arrepentimiento.

Por último, porque no es posible referirlo todo; el heroísmo de su humildad llegó á donde puede llegar. Un Juan de Dios expone su vida por salvar la de los pobres enfermos; un Nolas-

co, un Pedro Pascual, un Juan de Mata y sus hijos se privan de su libertad para comprar la de sus hermanos; pero solo Vicente, despues del Salvador, ha tenido el heroísmo de cargar sobre sí la maldicion, la infamia, el oprobio; solo él ha querido pasar por un foragido, malhechor, indigno de la sociedad y acreedor á los trabajos, afrentas y penas con que se castigan los delitos mas enormes y perjudiciales: *et cum iniquis reputatus est*: Vicente echa sobre sí las cadenas, el trabajo, la nota, la infamia de un reo condenado á las galeras, ocupa su lugar, desempeña su deber, sufre su castigo... Permitidme, cristianos, suspender mi narracion; mi corazón demasiado sensible no puede resistir esta escena, y seguramente no la hubiera tocado si no fuera en mi concepto el rasgo mas brillante, el mayor esfuerzo de la humildad, lo mas arduo, lo mas heróico á que puede llegar en una alma cristiana el empeño de imitar á Jesucristo.

Parece que no puede decirse mas: los actos verdaderamente singulares de su virtud, cuyo número es igual al de los momentos de una vida, ¿qué nueva impresion podrán hacer en quien le haya visto preso, encadenado, confundido con la chusma de los infames galeotes? ¿Quereis que os insinúe por complemento que su amor á la humildad no se contentaba con ejercerla él mismo, sino que le hacia procurar con la mayor eficacia que la ejercieran todos sus hermanos? Examinad atentamente sus escritos, las respuestas á las interesantes consultas que se le hacian de todas partes, sus discursos, sus sesiones, sus conferencias; preguntad á cuantos tuvieron la dicha de conocerle; á los sacerdotes que se dispusieron en sus casas para tan elevado ministerio; á los innumerables pecadores que en sus ejercicios aprendieron el camino del cielo; á tantos establecimientos piadosos como le deben su existencia, y particularmente á los sacerdotes de la mision, á las Hijas de la caridad...

A dónde voy á parar? Veisme aquí colocado en un nuevo apuro, en el que el hablar es un crimen y el callar un imposible: reclaman imperiosamente sus derechos la humildad por un lado, y por otro la justicia. Yo no puedo ménos de observar esta, pero trataré de no ofender á aquella. Es indispensable que las hijas me permitan este pequeño desahogo en obsequio de la verdad, porque así lo exige la gloria del padre. Yo, señoras, no pretendo penetrar el interior de vuestro recinto, á fin

de ver y sacar á luz las obras para que no consentís mas testigos que al Juez supremo, que las ve con perfeccion y las recompensará un día en presencia de los ángeles y de los hombres; ni hablaré de los deberes que vuestra profesion os impone y que procurais tener escondidos, temiendo no se marchite su belleza con el aire pestífero de la publicidad; consideraré solo lo que no es posible tener oculto; lo que por necesidad practicais en presencia de cuantos quieran verlo; los ejercicios públicos de vuestro instituto, por los que con tanta propiedad os honrais con el nombre de siervas de los pobres enfermos; la generosa humildad con que renunciando al mundo os consagrais en obsequio de la humanidad á los ejercicios mas repugnantes á la naturaleza, mas opuestos al amor propio, mas perjudiciales á vuestra conservacion. Los Benitos y Basilios, los Agustinos y Bernardos, los Franciscos y Domingos, los Camilos y las Teresas dieron á sus hijos excelentes documentos de contemplacion, de retiro, de austeridades y penitencias, de trabajo y privaciones, de caridad y desinteres, de todas las virtudes; pero estaba reservado á Vicente practicar y prescribir los ejercicios de la humildad en toda su perfeccion. En prueba de ello basta ver á las Hijas de la caridad ejerciendo los oficios de la mas tierna madre con esos infelices hijos del pecado; asistiendo con una paciencia, con una fortaleza, con un amor inimitable al asqueroso mendigo lleno de miseria, cubierto de llagas, exhalando á todas partes miasmas insufribles, pestíferos, conductores del contagio, de la enfermedad y de la muerte; cuidando de su limpieza, de su alimento, de su curacion, de su alma, con un esmero...

Mas para qué molestar á mi auditorio con la relacion de lo que está viendo á cada paso? Y qué recompensa está reservada para tan humildes, dolorosos y continuos sacrificios? ¿Qué honores, qué empleos, qué dignidades, qué placeres esperais, señoras, despues de tantos trabajos? Ah! lo diré sin reparo: no, en esta vida no esperais sino mayores humillaciones, mortificaciones mas sensibles, privaciones mas repugnantes. Pero no desmayeis por eso; seguid constantes el camino que habeis emprendido: *merces vestra copiosa est in celis*: hay un Dios justo que asegura el ciento por uno á sus fieles servidores, y vuestro glorioso patriarca que lo sabia muy bien, quiere que acrecenteis los méritos para asegurar la corona. Qué gloria no

disfruta este prodigio de humildad, y cuánto no se interesa por haceros participantes de la misma! ¡Qué bendiciones, qué alabanzas, qué acciones de gracias no le tributan tantos millones de infelices prodigiosamente socorridos por su mano! Los clamores y lágrimas de los inocentes parvulitos, de los ancianos achacosos, de los miserables enfermos, de todos los indigentes; el júbilo con que resuena su nombre en la Lorena, en la Francia, del otro lado de los mares; la alegre solemnidad con que olvidadas por un momento de sus austeridades, de su retiro y pobreza celebran sus triunfos todas sus congregaciones; la propagacion admirable del instituto de la Caridad, que se solicita con indecible ansia donde quiera que es conocido.... ah! con razon dijo el Apóstol que quien se humilla voluntariamente, será exaltado y glorificado por el Señor. Continudad pues, y continuemos todos en la humillacion para como Vicente ser exaltados. Amen.